

“Sobre la Utilidad y el Perjuicio de la Historia para la Vida”

Versus

“Sobre la Utilidad de nuestra Memoria en nuestra Vida Presente y nuestras Esperanzas de Futuro “.

Edita Mombiela

Basado en la obra de Nietzsche del mismo título.

No pretende este ser un trabajo académico sino más bien una reflexión personal sobre la obra de Nietzsche, que por diversas razones en este momento se me hace muy cercana.

El canto a la vida que la anima, junto a ese impulso a la verdad que le impide adoptar una actitud de rechazo radical a la Historia nos aporta una visión ajustada sobre el lugar y la importancia que hemos de concederle si queremos una vida más fecunda y feliz.

Pero no es la historia como tal lo que a mí ahora me interesa, la Historia en su sentido más habitual, como el conjunto de acontecimientos de otra época de la que de algún modo nos consideramos vástagos, sino que es sustituida en mi interpretación por esa otra forma de historia más íntima, más personal, que es nuestra propia historia, nuestra memoria. La narración que nos damos a nosotros mismos del conjunto de experiencias que han quedado atesoradas en nuestro recuerdo, a veces voluntaria y otras involuntariamente, y el sentido que hemos de dar a las mismas. ¿Qué peso hemos de conceder a la memoria en nuestra vida presente, en nuestras elecciones o decisiones? ¿Que narración o interpretación será la mejor?, ¿Cómo discriminar recuerdos, con qué objetivo? ¿Cómo reconciliar esa memoria, nuestra experiencia, lo dado, con lo que seamos capaces de imaginar, con nuestros proyectos, anhelos, esperanzas? ¿Cómo pueden ser reinterpretados los conceptos de “historia monumental”, “historia anticuaria” e “historia crítica” desde este nuevo sentido de “lo histórico” que a mí me interesa? En definitiva, ¿de qué modo podemos aplicar las reflexiones de Nietzsche sobre la Historia a nuestra propia y diminuta vida?

Me resulta difícil operar con orden en el tratamiento de todas estas cuestiones, y por ello me dejaré llevar por hilo argumental del libro.

Empieza el texto de Nietzsche justificando la necesidad de su obra. No pretendo yo convencer a nadie de la necesidad de este exiguo trabajo, pero tal vez pueda expresar en qué sentido me parece necesario reflexionar de algún modo sobre el valor que hemos de conceder a nuestro pasado en nuestra vida futura.

Mi generación por circunstancias diversas, fue educada bajo el lema “sustituyamos la memoria por el sentido” con la loable intención de procurar individuos más autónomos y libres, pero tal vez olvidó que nosotros mismos, lo que denominamos yo, no es más que el resultado de un proceso de acumulación de recuerdos. Sin la memoria, sin el recuerdo, no podríamos hablar, ni reconocer, ni tan siquiera imaginar, en la medida que esa imaginación no es más que la reelaboración novedosa de contenidos de conocimiento ya poseídos. Es la memoria lo que nos permite pensar la noción de “identidad personal”, la que nos hace ser quienes somos. Es pues el recuerdo la materia prima de todo conocimiento, los hechos, lo dado, sobre los que hemos de aplicarnos posteriormente en la tarea de organizar y construir para aportar orden, son los ladrillos que hemos de utilizar para construir el gran edificio de nuestra memoria, de nuestra historia, es ella quien otorga diferencia a la existencia humana respecto a la instantaneidad de la vida animal, una instantaneidad ajena a la historia, ausente de memoria, que, y precisamente por ello, hace su existencia más feliz. Sin memoria por

tanto no hay sentido. Parece entonces que deberíamos reconsiderar, analizar, qué relación guardan entre sí, y sobre todo, en qué medida la historia, nuestra memoria, contribuye a significar, a dar sentido y reforzar nuestra vida.

“Contempla el rebaño que pasta delante de ti: ignora lo que es el ayer y el hoy, brinca de acá para allá, come, descansa, digiere, vuelve a brincar, y así desde la mañana a la noche, de un día a otro, en una palabra, atado a la inmediatez de su placer y disgusto, atado a la estaca del momento presente, y por esa razón sin atisbo alguno de melancolía o hastío. Ver esto se le hace al hombre duro porque éste precisamente se vanagloria de su humanidad frente a la bestia y, sin embargo, fija celosamente su mirada en su felicidad. Porque él, en el fondo, únicamente quiere esto: vivir sin hartazgo y sin dolores, como el animal, aunque lo quiera sin embargo en vano, porque no lo quiere tal y como lo quiere éste. Así el hombre pregunta al animal: ¿por qué no me hablas de tu felicidad y únicamente me miras? El animal quiere responderle y decirle: “esto me pasa porque siempre olvido lo que quisiera decir”. Entonces también se olvidó de esta respuesta y calló, de modo que el hombre se quedó asombrado”. (Nietzsche. *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida*. Pág. 40)

¿Tendrá pues, el ser humano, para sentirse vivo, que imitar esa inmediatez? ¿Tendrá que renunciar a la memoria? ¿a su propio pasado? ¿a la narración que ha hecho de ese pasado? ¿a su historia? Y aquí Nietzsche introduce la importancia del olvido:

“Pero en las más pequeñas y grandes dichas hay algo que hace que la felicidad sea tal: El poder olvidar o, dicho de otra manera más erudita, la capacidad de poder sentir de manera no histórica, abstrayéndose de toda duración. Quien es incapaz de instalarse, olvidando todo lo ya pasado, en el umbral del presente, quien es incapaz de permanecer erguido en un determinado punto, sin vértigo ni miedo, como una diosa de la victoria, no sabrá lo que es la felicidad o, lo que es peor, no hará nunca nada que haga felices a los demás”. (Ibidem.)

Parece pues posible vivir en el presente, asemejando nuestra vida a la del animal, pero es completamente imposible vivir sin olvidar, porque el constante devenir impediría completamente la acción, y por ello la vida. *El olvido hace posible la acción*. Y esto, ¿qué relación guarda con nuestra vida cotidiana, con lo que nosotros somos? Nuestras acciones, como sabemos, son generalmente el resultado de elecciones, de preferencias, en las cuales ha quedado involucrado nuestro pasado. Normalmente decidimos, no aleatoriamente, sino teniendo en cuenta lo que antes nos había ocurrido y aprendiendo de esa experiencia, optamos. Siendo esa experiencia, como hemos dicho, ni más ni menos que una reconstrucción de recuerdos en busca de un sentido. Se trata de una narración. Pero la narración de un suceso no es una mera descripción de hechos desnudos, sino que elegimos aquellos que nos parecen importantes olvidando los menores o irrelevantes, resaltamos algunos aspectos del suceso olvidando otros, en muchas ocasiones los revestimos de un orden temporal que tal vez no tuvieron, o los relacionamos con las emociones o sentimientos a que dieron lugar con el objetivo de darles coherencia, hacerlos comprensibles para nosotros mismos. ¿Y qué hace que algo nos parezca o no importante? Sin duda nuestros intereses actuales, nuestros proyectos de futuro. Del mismo modo, nuestro pasado no es más que el relato que nosotros nos damos de lo que nos ha sucedido. Y en ese relato algunos acontecimientos han sido olvidados o postergados frente a otros. El recuerdo que tenemos de un suceso queda transformado con el paso del tiempo, pues las nuevas experiencias, los nuevos sucesos, los nuevos personajes, han modificado el relato, y por ello el sentido de los elementos que antes lo integraban. Es pues fundamental poder olvidar, pero es que, además, ese olvido tiene también un sentido. No es ajeno a nuestros intereses, deseos, proyectos. No es ajeno a lo que “nos gustaría que fuese” sino más bien al contrario, está dirigido por la

esperanza, por nuestros proyectos. *Lo que constituye nuestra historia, nuestra memoria, es tanto olvido como recuerdo.*

Por otro lado, esos recuerdos, como los hechos históricos, en sí mismos no son nada. Habla Nietzsche de la "historia objetiva" en el mismo sentido que podríamos referirnos nosotros a la "memoria pura", la mera acumulación de recuerdos y experiencias desnudas de toda asociación, de toda sugerencia, de cualquier carga emotiva. Lo que olvidamos forma parte del sentido global que damos a esa acumulación de recuerdos, y ese sentido ha llegado de manos de un horizonte, es decir, desde fuera de la propia historia, desde fuera de la propia memoria. Se podría expresar diciendo que es nuestro proyecto, lo que imaginamos en el futuro, lo que permite discernir qué olvidar y por qué, cómo hemos de relacionar unos recuerdos con otros para convertirlos en experiencia. *Y es ese proyecto, esa capacidad para imaginar "lo mejor", de trascender el "ser" para situarnos en el "deber ser" lo que hará nuestra vida más fecunda, más feliz.*

La cuestión es *¿cuáles son los límites en los que el pasado ha de olvidarse para no aniquilar el presente? ¿para no impedir el futuro? ¿En qué momento hemos de prescindir de nuestros recuerdos? Sencillamente cuando estos nos acomoden a lo dado en un presente sin esperanza ni proyecto.*

Y aquí introduce Nietzsche la idea de "fuerza plástica". O lo que es lo mismo, la capacidad para transformar y asimilar lo pasado y extraño, de sanar las heridas, de reemplazar lo perdido, de regenerar las formas destruidas. Hay hombres que carecen de esta en tal grado que cualquier contratiempo, cualquier dolor los hace tambalear, los hace incapaces de olvidar, incapaces para reconstruir su historia. Existen también aquellos otros que olvidan inmediatamente todo aquello que no pueden incorporar a su pasado, haciéndolo desaparecer, incapaces para la reflexión sobre sus propias acciones se apropian de todo pasado extinguiendo aquello que no han podido dominar o poseer. Estos son los hombres fuertes capaces de trazar a su alrededor un horizonte en el que nada les perturbe ¿Pero es esto lo que nos recomienda Nietzsche? Más bien parece situarse en una posición intermedia desde la cual podamos reconstruir el sentido de nuestra experiencia y que al mismo tiempo nos permita que se integren en ella las experiencias de los otros, evitando de este modo caer en el solipsismo. Es decir, hemos de calibrar oportunamente qué hemos de salvar del olvido y qué por el contrario, puede o debe ser arrastrado o sepultado por él porque creamos que es mejor para nuestra vida en el sentido, no de que la haga más tranquila o plácida, sino más rica, fuerte y poderosa, porque nos permita sentir de manera no histórica, pues es el ámbito desde el cual puede desarrollarse y crecer algo justo, sano y grande, en definitiva, algo auténticamente humano. Cualquier recuerdo, cualquier experiencia que nos impidiera alentar la esperanza, forjarnos nuevos proyectos, mirar hacia delante, es pernicioso. Es lo ahistórico, lo extraño a nuestra memoria, la inmediatez del sentimiento y la pasión, el germen de la vida:

" Y, pese a todo, ahistórico y contradictorio de principio a fin, es el seno donde no solo nace una acción injusta, sino toda acción justa. Y ningún artista logrará su imagen pretendida, ningún jefe militar su victoria, ningún pueblo su libertad anhelada, sin antes haberla deseado y anhelado en un estado ahistórico de este tipo"

¿A qué estado ahistórico se refiere Nietzsche? A ese estado envolvente en el que predomina la fuerza para realizar nuestros deseos, para esperar lo mejor. Ese estado en el que se transforma lo acontecido en historia nueva, que permite una visión creadora y esperanzada del futuro, en el que predomina el deseo, la pasión, frente al mero conocimiento causal.

" De este modo, cualquier hombre que actúa ama su acción infinitamente más de lo que en realidad merece ser amada. Y las mejores acciones acontecen en semejante exceso de amor, por más que, en cualquier caso, sean indignas de este amor y su valor sea incalculable". (Ibídem)

No es el sentido histórico, no es pues la reflexión sobre lo acontecido, no ha de ser nuestro pasado quien guíe nuestras acciones quien oriente nuestra vida, sino más bien el deseo y la esperanza. Pero sin renunciar a la utilidad que esta tenga para nuestra vida futura. Esto nos lleva de nuevo a una de las cuestiones iniciales. Ante una elección, ante la necesidad de tomar una decisión que consideramos importante para nuestra vida, podemos adoptar distintas actitudes: volver al pasado, tratando de buscar un ejemplo que seguir, una situación análoga que imitar; podemos por el contrario seguir nuestro instinto sin más, dejándonos llevar por el deseo o la pasión sin reflexión alguna o podemos, y creo que esta sería la vía propuesta por Nietzsche, analizar nuestras experiencias pasadas con el objetivo de buscar los medios que nos permitan llevar a cabo, hacer realidad, eso que determina o a lo que apunta nuestro deseo, nuestra intuición, aquello que imaginamos, para hacerlo de ese modo posible. *¿Cuál es entonces el sentido de la memoria en todo esto? Hacer posible lo que consideramos importante* aprovechando para ello nuestra experiencia, nuestros recuerdos, aun a costa de transformarlos, de darles un nuevo sentido, de forjarnos un nuevo relato, aun a costa de cambiar nuestra vida.

Distingue Nietzsche tres modos distintos en que los seres humanos necesitan de la historia para su vida:

1.- El hombre necesita de la historia en tanto que *ser que actúa y ha de esforzarse*. En este sentido la historia, o lo que es lo mismo, nuestra memoria, nos sirve para reconocer modelos, maestros, o para encontrar consuelo. El hombre poderoso puede utilizar su memoria para reconocer como posible en otras épocas o en otros hombres aquello que el mismo ansía. Es el instrumento de su fuerza y de su búsqueda de lo grande y hermoso. Pero trae consigo un peligro, que en esa búsqueda de ejemplaridad se desestime la aspiración a la verdad generalizando y con ello haciendo semejantes situaciones o personas que en realidad no lo son. Es necesario por tanto estar alerta y evitar ignorar las diferencias entre los diversos hechos y circunstancias, tener en cuenta que no hay hechos aislados, sino que forman parte de un *continuun* y que en la realidad nunca suceden dos cosas del mismo modo. Hay que evitar la idolatría si queremos dejar paso al espíritu creador, pues lo nuevo todavía no se ha convertido en modelo, es la propia historia la que lo hace ser tal. De manera que cualquier acción novedosa, cualquier actitud creadora, puede quedar aplastada por el excesivo culto al pasado, por esa necesidad de buscar apoyo en lo ya vivido. Las referencias a nuestro pasado pueden enmascarar precisamente esa resistencia al cambio, la resistencia a que lo grande pueda volver a surgir de modo distinto a como se dio en su día. A menudo recordamos acontecimientos o experiencias pasadas con nostalgia, no sólo por ser pasado, sino porque en ellas queremos reconocer la consecución de algún estado de felicidad imposible de satisfacer en el futuro. Lo que Nietzsche nos propone es que ese recuerdo nostálgico de épocas pasadas, tal vez más felices, no se conviertan en trabas que nos impidan mirar al futuro con esperanza.

2.- La necesita para **conservar y venerar**. Todo ser humano siente de algún modo la necesidad de conservar en su presente lo que entiende que en el pasado le ha permitido vivir. Es un modo de rendir culto a la vida mantener y cuidar las condiciones que la han hecho posible. Y ese cuidado produce también placer y satisfacción al individuo. Será conveniente por tanto conservar en nuestra memoria todos aquellos recuerdos que de algún modo asociemos a nuestro crecimiento y desarrollo, aquellas experiencias que se han constituido en hábitos, formas de vida, que han contribuido a nuestra formación, que están relacionados con las tradiciones y creencias de la comunidad de la que nos consideramos miembros, aquellas a las que nos sentimos más próximos sentimental o afectivamente, etc.. porque ellos son las raíces que nos sujetan a la tierra, que justifican nuestra existencia salvándonos de la arbitrariedad y la contingencia. Pero también un excesivo predominio de este punto de vista tiene sus riesgos, pues el sentido anticuario del hombre tiene una visión limitada de la historia: solo atiende a lo cercano, a lo aislado, a lo singular, y puede hacernos perder esa perspectiva global necesaria para animar y entusiasmar el presente, perdiendo así su

frescura y vitalidad. La mayor objeción que hace Nietzsche a este punto de vista es que *la historia anticuaria, aun cuando está capacitada para conservar la vida, no es sin embargo capaz de engendrarla*, carece del poder creador de la historia crítica o de la monumental. Subestima lo que es cambiante, carece de instinto para lo nuevo, tiende a perseverar en lo dado e impide por ello toda acción arriesgada, cualquier apuesta por el cambio, de modo que *al hombre que necesita actuar de un modo creador no le quedará más remedio que renunciar a parte de sus recuerdos en pos de un futuro nuevo*.

3.- La necesita porque es un ser que *sufre y necesita liberarse*. A esta forma de entender la historia, Nietzsche la denomina *crítica*. La fuerza oscura de la vida exige al hombre, aun a costa de saberse injusto, reunir la fuerza de destruir y liberarse del pasado:

"Todo lo que nace merece perecer, por eso sería mejor que nada naciese. Se necesita mucha fuerza para poder vivir y poder olvidar en qué medida la vida y el hecho de la injusticia son una misma cosa...Ocasionalmente, la misma vida que necesita el olvido exige también la destrucción temporal de este olvido; entonces queda claro qué injusticia puede llegar a ser, por ejemplo, la existencia de alguna cosa...es decir, en qué medida esta cosa reclama su decadencia. Entonces se considera críticamente el pasado mientras sus raíces son aniquiladas con el cuchillo, pasando cruelmente por encima de cualquier tipo de piedad. Es este un proceso peligroso, en realidad peligroso para la vida misma; y los hombres y las épocas que sirven así a la vida, juzgando y aniquilando un pasado, son siempre peligrosos y están expuestos al peligro, porque en la medida que somos el resultado de generaciones anteriores, también somos el resultado de sus aberraciones, pasiones y errores...Pese a juzgar esas aberraciones y estimarnos emancipados de ellas, el hecho es que no puede eliminarse que también procedemos de ellas. En el mejor de los casos llegamos a una lucha entre la naturaleza heredada y nuestro conocimiento, a una lucha entre una nueva y rigurosa disciplina y lo heredado y aprendido del pasado; plantamos entonces una nueva costumbre, un nuevo instinto, una segunda naturaleza, y de ese modo, la primera termina por atrofiarse. Se trata de un intento de darse "a posteriori" un pasado del que se quiera proceder frente al pasado del que efectivamente se procede, un intento que es siempre peligroso, no solo porque es difícil encontrar un límite a la negación del pasado, sino porque las segundas naturalezas son, en la mayor parte de los casos, más débiles que las primeras. Es frecuente que exista un conocimiento de lo que es bueno sin realizarlo, porque se conoce lo que es mejor, pero sin la posibilidad de llevarlo a la práctica. Pese a todo, aquí y allá se logra la victoria, y para los luchadores, para los que se sirven de la historia crítica, no deja de existir un consuelo singular, saber efectivamente que esa primera naturaleza alguna vez fue una segunda naturaleza y que cualquier segunda naturaleza triunfante también será algún día primera." (Ibídem, pag. 66.)

¿Cómo aplicar esto a nuestra vida, a nuestra memoria? Parece que Nietzsche entiende que en ocasiones es necesario cortar ese arraigo a la tierra, superar las tradiciones y los hábitos adquiridos, con el objetivo de sustituir esas viejas costumbres por otras nuevas. La dificultad estriba en decidir cuando es aconsejable hacer esto, cuando una costumbre, un hábito, ha de ser sustituido pues en la medida que nuestras decisiones están influidas por lo que somos, por nuestra memoria, también en ellas está operando aquello de lo que queremos deshacernos, los errores y aberraciones del pasado que tratamos de superar al implantar ese nuevo hábito o esa nueva costumbre, al decidimos a hacerlo de esta o aquella manera. Será necesario por ello estar alerta y conocernos bien a nosotros mismos, conocer bien nuestro pasado para poder reconocer en él lo que opera negativamente, lo que nos conduce al error, lo que nos va a procurar un daño.

Para construir algo grande en nuestra vida necesitamos pues del pasado como modelo a seguir que nos anime e inspire. Pero también necesitamos del cuidado, la

perseverancia, en todo aquello que consideramos valioso o fecundo, atesorar los recuerdos como fuente y muestra de vida. Sin embargo, cuando el presente nos agobie u oprima, sentiremos la necesidad de transformarlo criticando y enjuiciando ese mismo presente. El ser humano necesita de su pasado, de su memoria en todos estos sentidos, pero sólo en la medida que está al servicio del presente y el futuro, en la medida que aporta vitalidad y fuerza a ese futuro.

Por el contrario, la saturación de conocimiento histórico, o lo que es lo mismo, el análisis excesivo de nuestras experiencias pasadas, la excesiva "búsqueda de la verdad" conduce también a veces a ahogar ese impulso vital necesario para conseguir cualquier conocimiento auténticamente humano, analizamos nuestro pasado, no con el objetivo de procurar que nuestro futuro o nuestras decisiones sean mejores, sino con la única pretensión de conocer, analizar, examinar, diseccionar y anotar. No anima nuestras acciones o elecciones, se limita a estar ahí. Del mismo modo que una falsa cultura no mejora la vida de los individuos, un saber no interiorizado, es decir, que no produzca efectos, de nada nos sirve. La sobresaturación de información de la vida urbana moderna, el constante bombardeo de información, la demanda constante de novedad genera memorias tambaleantes, hombres de personalidad débil, pusilánimes e inseguros, incapaces de dejarse guiar por su instinto cuando la razón falla. Seres que, incapaces de arriesgar como personas, se enmascaran en papeles diversos sin llegar a identificarse plenamente con ellos, evitando todo acontecimiento:

" Y es que el individuo se ha replegado a su interioridad, ya no se descubre ni rastro fuera de él. Por ello se pudiera dudar en general de que pudieran existir causas sin efectos...A estos realmente les sienta muy bien la pura objetividad. ¡Si casi parece que su única tarea fuese la de vigilar y custodiar la historia para que sólo pudieran salir de ellas más que historias, pero ningún acontecimiento, y evitar así que las personalidades llegasen a ser "libres", esto es, verídicas consigo mismas y con los demás, tanto en la palabra como en los hechos!"(pag. 79)

Y continúa Nietzsche:

"Solo las personalidades fuertes pueden soportar la historia, los débiles son barridos completamente por ella"

Pero, ¿qué significa esto? ¿Qué impulso es el que mueve al hombre débil a la hora de tomar sus decisiones?

"Quién no se atreve ya más a confiar en sí mismo e involuntariamente pide consejo a la historia para comprender sus sentimientos - ¿cómo debo sentir aquí?- se convertirá progresivamente, por puro temor, en un actor que representa un papel. Incluso la mayor parte de las veces, muchos papeles diferentes y, por tanto, de manera pobre y superficial. Gradualmente desaparece así toda posible congruencia entre el hombre y su ámbito histórico" (Ibídem, pag 81.)

Por el contrario, el hombre de personalidad fuerte es verídico consigo mismo y actúa conforme a ello y por eso es justo, reconoce y maneja sus sentimientos sin miedo ni cobardía y posee la fuerza necesaria para buscar y poner en práctica "lo mejor". Este no es el que busca el conocimiento "frío y objetivo" carente de consecuencias, sino aquel que es capaz de aplicarlo a su propia vida de forma creativa.

"Espero que la Historia no reconozca su sentido en los pensamientos generales, algo así como su flor y fruto, sino que precisamente su valor resida en parafrasear con ingenio un tema conocido, incluso habitual, una melodía cotidiana, en

elevarlo y exaltarlo como símbolo universal y así dejar entrever en el tema original todo un mundo de profundo sentido, poder y belleza."

Nuestra memoria, la historia que nos contamos a nosotros mismos acerca de los acontecimientos pasados, nuestros recuerdos, cobran sentido en la medida que pueden ser actualizados como símbolos transformados de un mundo propio, de un horizonte nuevo que somos capaces de proyectar. Y ello sólo se consigue en la medida que ponemos en marcha nuestra capacidad creadora, nuestra imaginación.

"Sólo desde la fuerza más poderosa del presente tenéis el derecho de interpretar el pasado, solo a través del máximo esfuerzo de vuestras propiedades más nobles adivinaréis lo que es digno de saberse del pasado, lo que es digno de ser conservado y lo que es grande...El auténtico historiador debe poseer la fuerza de volver a formular lo ya conocido como algo nunca antes visto...Sólo como arquitectos del futuro y como conocedores del presente podréis comprenderlo. Formad una imagen que sirva de modelo al futuro y olvidad esa absurda superstición de ser epígonos. Reflexionando sobre la vida futura tenéis mucho que inventar e imaginar; pero no preguntéis a la Historia que os muestre el cómo o el por qué" (Ibidem, pag 96)

Imaginación en la que han de quedar involucradas nuestras esperanzas, el impulso a la verdad y el anhelo de justicia.

"Si detrás del impulso histórico no obra ningún impulso constructivo, si no destruye y despeja el solar para construir la casa de un futuro viviendo en la esperanza sobre el terreno liberado, si la justicia domina únicamente, entonces el instinto creador se debilita y se desmoraliza...Sólo en el amor, sólo envuelto en la ilusión del amor y en razón de una creencia incondicional en lo perfecto y lo justo, logra crear el hombre. A cualquiera que se le obligue a renunciar a ese amor incondicional se le cortan las raíces de su fuerza: se secará, es decir, se volverá insincero. Con respecto a tales efectos la historia se contrapone al arte. Y sólo si la historia soporta transformarse en arte, es decir, transformarse en una creación artística, podrá quizá mantener e incluso despertar tales instintos".

Nuestra memoria pues ha de transformar nuestro pasado en una obra de arte, ha de ser alimentada por la imaginación y el espíritu creador, ha de poder mantener la ilusión del "deber ser", del "me gustaría que fuera". Ha de poder mantener esa "esperanza hacia delante en la que no hay falsía" utilizando la expresión de Bloch, ha de tratar de superar lo dado en pos de un futuro mejor.

"Quien ya ha aprendido a doblar su espalda y asentir con la cabeza al "poder de la Historia", termina por otorgar finalmente un "sí" mecánico-chinesco a cualquier poder, sea éste sólo un gobierno, una opinión pública o una mayoría numérica, moviendo sus miembros exactamente al compás de cualquier "poder"...Porque hablese de la virtud de la que se hable, ya sea la justicia, la generosidad, el valor, la sabiduría o la compasión del hombre, en todas partes éste es virtuoso en tanto que se rebela frente al poder ciego de los hechos, frente a la tiranía de lo real y se somete a leyes que no son las que rigen las fluctuaciones de la Historia. Nada siempre contra las olas de la Historia, ya sea luchando contra esas pasiones que no son sino la inmediata estupidez de lo dado de su existencia u obligándose a la sinceridad, mientras la mentira teje a su alrededor sus brillantes redes." (Ibidem, pages 111, 113)

Nuestra historia por tanto ha de evitar acomodarse a lo dado, ha de evitar el miedo al cambio, y ha de propiciar por el contrario esa posibilidad anteriormente mencionada de transformación y mejora. Ha de evitar caer en el hastío del hombre histórico cuya única

posibilidad es seguir viviendo tal y como ha vivido hasta ahora, amando lo que ha amado, odiando lo que ha odiado, y para quien sólo cabe un pecado: vivir de manera diferente a como ha vivido. En ella ha de predominar ese impulso de juventud que alienta la vida, las virtudes más nobles y grandes del hombre si queremos realmente llamarnos hombres libres. Nuestra memoria, lo que nos contamos, el sentido que damos a lo que nos ha sucedido, lo que olvidamos ha de estar dirigidos por lo *ahistórico* y lo *suprahistórico*, es decir por un sentimiento vital cada vez más elevado que lo instala en el presente y de su capacidad para luchar, eliminar y transformar lo ya sucedido, convirtiendo esa narración que es nuestra memoria en una obra literaria, haciendo de nuestra vida una obra de arte.

Para ello cada cual ha de organizar el caos de sus recuerdos de modo que le permitan reflexionar sobre sus auténticas necesidades, siendo lo más honesto posible, rechazando el fingimiento y la hipocresía, buscando ese equilibrio entre vida, conocimiento, apariencia y voluntad del que habla Nietzsche y que constituye la auténtica cultura, la auténtica moralidad, el auténtico conocimiento que en definitiva no es más que la necesidad alcanzar la veracidad tanto intelectual como en lo relativo a la acción.

Imaginación y memoria se complementan. La vida humana, precisamente por ser "humana" es vida en la memoria, desde la memoria, es histórica. Pero no es su dimensión histórica lo que la hará más feliz. No es nuestra capacidad de recordar lo que conseguirá hacernos vivir de forma más plena, sino precisamente esa capacidad para el olvido, y con ella, la de poder, precisamente a su través, ir más allá de lo dado, situándonos en un futuro por venir, el proyecto, cuyo instrumento principal no es la memoria sino la imaginación.